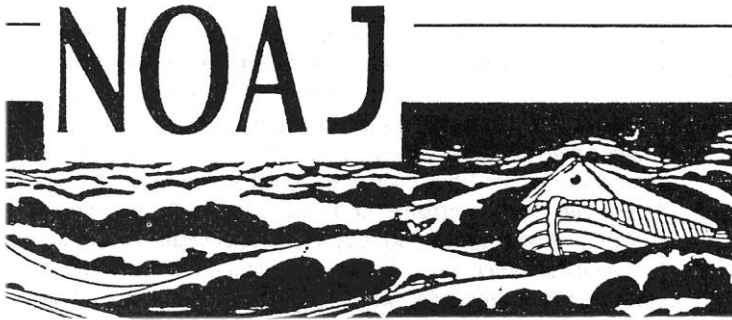




Año II, N°. 2, julio de 1988

Vásquez, Ana. "De rupturas y distancias". pp. 56-61

Ana
Vásquez

De rupturas y distancias

Vivir en exilio, expresión mítica que pobló nuestra adolescencia y condicionó la mirada con que veíamos los cuadros de Gauguin, interpretábamos los textos de Byron, estudiábamos las teorías de Reich, gozábamos con las frases modeladas por la ira de León Felipe. Protegidos por la distancia oceánica, nunca imaginamos que algún día seríamos nosotros los designados a la errancia.

Sobre exilios y mitos

Porque nuestro exilio es distinto de aquél que eligieron los escritores de las generaciones anteriores, quienes, deseosos de mi-

rar más allá de las rejas de normas sociales, partían por un tiempo. Para conocer mundo e impregnarse de todo lo nuevo que se inventaba en la vieja Europa.

Exilio-desorientados, buscamos en el diccionario: “dícese de una persona que debe vivir fuera de su tierra y a quien el retorno le está prohibido”. Sinónimo de destierro. No se trata ya de un viaje voluntario, del tan deseado charter de turismo ni de la beca que creemos merecer a costa de nuestro esfuerzo: este exilio es una situación no- elegida y cuyo fin tampoco depende de nosotros.

En la década del 70, el exilio de los intelectuales deja de ser ese rito iniciático donde igual que Ulises, se abandonaba por un tiempo la isla americana para codearse con las Circes y los Cíclopes del otro lado del Océano. Ahora el exilio se inscribe en la historia de nuestros pueblos, es una de las tantas heridas que materializan una tragedia colectiva.

Catapultados hacia el viejo continente, la mirada de los nativos nos transforma. Para los franceses, yo ya no soy yo, represento a las víctimas, y mi oficio de trabajar con las palabras me asigna un rol: Prestar testimonio de estos años de fuego y hiel. Aunque haga esfuerzos para desprenderme de esa obligación que a ratos me resulta pesada, tampoco puedo eludirla. La pesadilla del “allá” se apodera de mí, invade mis noches, poblándolas de relatos de tortura, de rostros de amigos desaparecidos, de imágenes de la miseria insidiosa (10).

Es la culpa que tiñe nuestro exilio... Pero ¡culpa de qué! nos rebelamos, seguros de no haber hecho nada. Ahora es tarde, sin embargo, los chacales ya invadieron todos los espacios, y en nuestro interior, una vocecilla socarrona susurra: — justamente ¡no hiciste nada! Ante la magnitud del desastre, siempre nos sentiremos culpables de algo, de no haber participado más a fondo, de los

*Ponencia presentada
al IV Simposio Inter-
nacional de Literatu-
ra: Literatura e Identi-
dad Latinoamericana,
siglo XX, Barilo-
che, 1987.*

errores que se hicieron y no se hicieron, de nuestra imprevisión... de no haber retenido al amigo aquella tarde, si se hubiera quedado hoy estaría con nosotros...

Cada uno es culpable ante sí mismo, porque no ha sido, porque no fue un héroe, porque cuando hubo que decidir no eligió la muerte. Y la culpa nos suspende en la nada, impidiéndonos aterrizar en el París de nuestros sueños.

Durante largo tiempo viviremos en una disociación casi esquizofrénica: el corazón quedó en América, mientras que el cuerpo, vacío de pasiones, sigue animando como un autómatas la vida cotidiana de un extranjero en París. Todos los días hojeamos ávidamente "Le Monde", y — sin darnos cuenta del absurdo que somos diciendo — afirmamos que "no hay noticias". Porque las únicas noticias posibles son las que vienen de allá, lo demás no nos interesa, no existe.

Primero aterrizamos en alguna banlieue remota, un suburbio programado por computadora, como caricatura de una mala película de después de la guerra. Nuestros vecinos llegaron de Túnez, del Líbano, de Polonia, del Zaire. Le ofrecemos una sonrisa a los exilados camboagianos mientras nos preguntamos si eran partidarios del régimen títere de Lol Nol o se vinieron porque tenían hambre. Las autoridades francesas nos etiquetaron de "extranjeros" para enviarnos al ghetto de los pobres. Aquí no encontramos las viejas callejuelas medievales que ilustraban nuestros mitos, en la esquina no hay café con terraza, ni cine, ni librerías. Lo único que hay es un Mammouth, super-mercado gigantesco y anónimo donde sólo venden la biografía de Mireille Mathieu, y los consejos dietéticos de Rika Zarai.

Que distinto este "vivir en París" del que habíamos soñado. La ciudad luz es gris, lluviosa, llena de olores desagradables. Visita-

mos algún museo prestigioso, en medio de un lento fluir de turistas, tenemos que abrirnos un espacio a codazos para acercarnos a los Manet y los Giacometti. Todo está archi-lleño, obligándonos a tomar conciencia de nuestra pequeñez. Hace veinte años, en la Universidad hablábamos de "sociedad de masas", pero eran frases hechas que usábamos para ratificar argumentos políticos. Sólo ahora, sumergidos en alguna cola de consumo intelectual — teatro, conferencia, arte envasado — nos achicamos cada vez más bajo un sentimiento de desposesión, como si alguna burocracia todopoderosa nos hubiera robado esa chispa de originalidad que nos hacía Personas.

Confrontados a la realidad, los mitos se desmoronan. Lo sabíamos, pero no esperábamos que fuera de esta manera. Porque en una carambola inesperada, cuando se desarticulaban nuestros mitos sobre París, arrastraron también la imagen que nos hacíamos de nosotros mismos. Hijos o nietos de emigrantes, nos creíamos tan europeos "civilizados" y distintos de los bárbaros que viven en el trópico (7). De los Champs Elysées a Saint Michel, quién no estaba seguro de conocer la topografía parisina, los bistrós de Saint Germain de Près, los modismos que usa Goddard, la ironía refinada del movimiento del "Nouveau Roman". Y con los franceses viviríamos una especie de re-encuentro, un re-conocer-se entre primos hermanos... y ahora los vemos extraños, nos decepcionan. Obsesionados por la puntualidad y el rendimiento, por la vida programada hasta sus más íntimos resquicios, nos miran como al "buen salvaje" (14) y nos adornan con sus propios mitos. Porque en este juego de equívocos, "ellos" nos ven como los guerrilleros heroicos que lucharon en medio de una naturaleza suntuosa, no-domesticada y no-poluida. En vano intentamos conven-

Ana Vásquez Bronfman, escritora y psicóloga chilena exilada en París desde 1973. Novelas: Abel Rodríguez y sus hermanos (Barcelona, 1981); Los búfalos, los jerarcas y la huesera (1977); Sebasto's Angels (París, 1985). Publicó numerosos artículos psicológicos sobre el exilio latinoamericano de los últimos años. Acaba de publicar: La malediction d'Ulysse: Exils Latino-Americains, en colaboración con Ana María Aranjó (París, 1988). Es investigadora del C.N.R.S., Laboratoire de Psychologie Sociale de París.

cerlos que somos animales urbanos y que la guerrilla está hecha de un sinnúmero de pequeñas tareas minuciosas y aburridas.

El exilio transcurre en un tiempo que lo transforma

Al llegar a esta tierra que no es la nuestra, imaginamos el espacio de tiempo que transcurrirá en ella como una vida entre paréntesis, como un compás de espera, mientras se abre la posibilidad del retorno a la verdadera vida, la de "allá". Nos sentimos de paso y por eso podemos vivir de cualquier manera, aceptamos un trabajo que no nos conviene, escuchamos a nuestros nuevos amigos sabiendo que los dejaremos pronto.

Situados en una vida provisoria, soportando la culpa como una herida abierta, los exilados en tanto grupo deben elaborar un duelo. Nuestro duelo es un proceso compartido, no sólo lloramos nuestros muertos, sino que tenemos que llegar a aceptar el fin de un *modus vivendi*. Aceptar que el mundo social en que vivíamos ya no existirá más. Nos duele infinitamente, nos cuesta, nos debatimos durante años en un ir y venir de péndulo, recayendo en la pena como en un pozo oscuro (13).

La entidad "exilio" es una abstracción, una síntesis elaborada a partir de trayectorias individuales. Y toda vida se transforma en la medida en que se desarrolla el hilo de su tiempo, la experiencia del exilio está marcada por su propio devenir. Porque ningún exiliado puede situarse de la misma manera al iniciar el destierro, que cuando ya ha vivido muchos años en el "extranjero". Aunque se aborda el futuro de otra manera, lo esencial reside, sin embargo, en la comprensión del pasado: se logra una visión nueva de la propia biografía.

Las ambigüedades de la transculturación

No se debe sólo al peso de miles de días de distancia, sino que, a veces a pesar nuestro, nos encontramos inmersos en otra "Cultura" y si queremos sobrevivir en este nuevo mundo (que llamábamos el viejo) por lo menos tenemos que copiar algunos de sus modos y costumbres.

Para nosotros, exilados y escritores, la transculturación será un proceso caracterizado por la ambigüedad. En el inconsciente, la materialización de uno de nuestros deseos más profundos – vivir en Francia, y sobre todo en París – se asocia de alguna manera a la tragedia incalculable de nuestro pueblo, como si una cosa fuera la consecuencia de la otra; impidiéndonos el goce, la entrega desvergonzada a todo lo que la ciudad luz podría ofrecernos. Casi a escondidas de nosotros mismos, nos aventuramos torpemente por las callejuelas, nos fascinamos con lo que se inventa y se discute, pero ese placer nos da vergüenza y corremos a encerrarnos en el ghetto del destierro.

Este exilio nuestro, además, llega precedido de imágenes. Estamos en la era de la información televisada. Cuando nos presentan un nuevo amigo francés, nos está viendo a través del prisma de sus propios mitos: nos envuelve en el drama de la víctima, nos escucha como representantes de la tragedia. Sólo puede vernos como el símbolo de un continente herido. Y entonces, paradójicamente, en el instante en que intentamos abrirnos a la codiciada cultura francesa, nos aprisionan en un estereotipo: en París nos volvemos más latinoamericanos de lo que éramos antes del destierro. Y nos devuelven cada gesto nuestro, cada comentario, deformado por una visión folklorizada de la realidad que dejamos. Triste malentendido. Pero ante él también somos contradictorios, porque en la enorme metrópoli nadie nos conoce. Perdidos en el

mundo, despojados de la parte de poder y reconocimiento que poseíamos, el anonimato nos duele. Y descubrimos que la manera más fácil de “volver a ser” consiste en aceptar la etiqueta, amoldarnos al estereotipo, transformarnos en el objeto exótico que nunca fuimos.

Es la trampa de la tradición cultural de la cultura autóctona. Porque igual que en la entidad “Exilio”, la entidad “Cultura” es una abstracción de experiencias individuales en transformación constante. El animal llega a ser Persona gracias a la socialización que lo moldea en una determinada cultura. Se apropia de ella, pero al hacerla suya le imprime la huella única de su personalidad. **Nosotros somos nuestra cultura.** Pero al mismo tiempo participamos de todos los procesos contradictorios que la atraviesan, la negamos, la cambiamos, simplemente porque estamos vivos. Primera pregunta, ¿qué significa la cultura autóctona en un país poblado de emigrantes? ¿qué es lo autóctono cuando en los últimos veinte años, el paisaje urbano, el parque industrial, los ejes de la producción nacional, los valores, el modo de vida, todo, todo estaba cambiando? Y segunda, ¿Por qué tendríamos que afeccionarnos a la tradición cultural, nosotros que, cuando vivíamos allá, combatíamos las tradiciones porque eran reaccionarias, nosotros que queríamos cambiar el mundo?

Las identidades trocadas

Aquello que se llama “identidad cultural” — aunque no se sabe muy bien lo que designa, puesto que toda identidad es por definición, cultural —, resulta ser un juego móvil de reivindicaciones y asignaciones (12). La sociedad donde vivimos, y los individuos portadores de su cultura — los “franceses” — nos atribuyen características que no siempre compartimos, nos encierran en ellas. Porque latinoamericanos, somos cálidos, simpáticos, alegres, bue-

nos para las fiestas, definitivamente machos o mujeres feminísimas, seductores siempre, impuntuales, arrebatados, no-confiables, poco serios. Como personas y como creadoras, nos movemos en el campo de los sentimientos, en el territorio de lo mágico. Y correlativamente, el dominio de las ideas no es el nuestro. Con acierto, Viñar (14) afirma que en Europa nos transformamos en el primitivo que viene de lejos y representa la infancia. Nos asignan la pista de al lado, nunca compartiremos la misma carrera.

El espejismo del retorno

Los primeros pasos por las vías de la transculturación (11) nos llevan a explorar los mitos y a defendernos de las etiquetas. Nos damos cuenta que si la ventaja del exilio elegido por el artista, residía en la posibilidad de ruptura, su esencia era distinta del nuestro: el exilio elegido siempre deja abierta la puerta del retorno. Se anhela el anonimato porque se sabe que es provisorio. Es como un juego: salto al casillero donde nadie me conoce para inventarme otros “yoes”, explorar modos de ser insospechados... y cuando me canse o me aburra... ¡salto de vuelta al casillero de partida! Lo nuestro es la caricatura del juego, el retorno nos está prohibido. Descubrimos que el exilio puede no ser una etapa entre paréntesis sino un transplante prolongado.

Pero al mismo tiempo caemos en otros espejismos. Porque nos prohíben volver, el retorno se transforma en una ilusión. El tiempo y la distancia se confunden en una amalgama insidiosa, y cada uno sueña con atravesar el océano, recuperar el país perdido, recuperar también el tiempo ido, ¡la juventud! Como si al volver pudiéramos retomar el hilo de nuestra vida justo en el momento en que lo dejamos. Negar los muertos, negar nuestro propio envejecimiento, negar el olvido: imaginamos que nuestro espacio social y afectivo nos está esperando como si lo hubiéramos dejado ayer.

Negamos a Ulises, mito del exilio (6); el castigo de Poseidón lo hizo volver pobre, transformado en su ancianidad, anónimo. Nadie lo reconoció, ni Penélope — que lo esperaba —, ni su hijo. Sólo el viejo perro, casi ciego, expiró a sus pies.

Porque aunque pasen los años, siempre subsiste la angustia de la pérdida, y lo que nunca podremos tolerar será el olvido. Sabemos que estamos lejos de los nuestros, no podemos aceptar una “no-existencia” para ellos... Sospechamos, aterrados, que al final del camino de retorno puede esperarnos un nuevo exilio.

Aceptar la distancia

El tiempo de destierro se alarga, se estira, obligándonos a aceptar lo inaceptable: **Estamos aquí y ahora**. Por un plazo indeterminado. Pero queremos vivir. Tenemos que asumir esta etapa.

Psicológicamente, ahora estamos dispuestos a absorber lo que pasa en el ombligo de este mundo. Ojos y oídos, tratamos de conocerlo todo.

En la época post-lacaniana, los psicoanalistas se han transformado en escritores, y los escritores se apropian de los juegos de palabras de Lacan. Juegos de iniciados que confieren un prestigio muy parisien. La nueva generación de escritores, se inició a la lectura a través de la imagen, y en un vuelco de boomerang, las películas y la “bande dessinée” se transforman en referencia literaria. Lo actual y lo antiguo, con ropajes despolvados, Rinaldi (8) ensaya el subjuntivo proustiano. Pero detrás de la sofisticación de París, surge otra ciudad, tierra de libertades, donde se cruzan todos los destierros. Descubrimos la palabra denuncia, el dolor que golpea en cada frase de Mongo Beti (2), de Depestre (4) o de Breitenbach (3), nos maravillamos con el clasicismo prístino del “Amigo recuperado” de Uhlman (9), nos remece la amarga lucidez del “Todo pasa” de Vassili Grossman (5). Nuevas maneras de

abordar problemas no resueltos, otras vías para tratar de desenrañar nuestros destinos, las rupturas implican un drama pero también abren puertas, rompen rejas, nos permiten mirarnos desde perspectivas insospechadas.

Al aceptar la distancia debemos enfrentar un nuevo obstáculo, el idioma. Escribir en castellano viviendo en francés. Escribir en un idioma que ya no puebla nuestro devenir cotidiano, las palabras y los giros se entremezclan, los galicismos nos acechan, dudamos de cada frase. Escribir para lectores que viven en otra parte. Parir un texto mientras nos preguntamos ansiosamente quién lo leerá, adonde están aquellos para quienes escribimos. Crear sin interlocutores, crear palabras sin ecos. Olvidar el diálogo. Vivir en silencio.

Caminar haciendo, re-inventando, integrando. Transformar ese epíteto reduccionista de “literatura latinoamericana” donde nos encierran, para afirmar la diversidad y la búsqueda. Impregnarse sin dejar de ser (1).

Existir como soy y no como esperan que sea. Difícil camino en el que a menudo nos perdemos. Sobre todo porque el “allá-acá” se confunden y ya no sabemos dónde estamos ni adonde quisiéramos estar.

Los nuestros no siempre son los míos

Al releer este texto, me doy cuenta que todo el tiempo me he situado del otro lado del espejo, en el rol del observador que estudia un problema. Y si me cuesta tanto ponerle un punto final es porque me siento sumergida en aguas ambiguas, hundida en un malentendido esencial, ¿dónde está la autora de este análisis? ¿desde dónde observa e interpreta?

Una más en la ola de exilados, me asumo ahora en primera persona, porque cada uno vive el exilio colectivo a su manera, con

su propia historia. Compartiendo la tragedia que en esta larga errancia nos narramos insaciablemente, los laberintos de mi pasado han ido surgiendo bajo otras luces: si no he vivido la ruptura como un drama, ha sido porque he tomado conciencia de otros exilios que ya estaban en mí, incluso antes que naciera.

He sido moldeada como mujer en una sociedad donde las mujeres deben ganar cada parcela de autonomía combatiendo desvalorizaciones enmascaradas. Somos muchas las que recorremos este exilio, pero lo hemos vivido aisladas unas de otras, perdidas en nuestras preguntas mal planteadas. Tratando de "ser" persona cuando sin darnos cuenta asumíamos un rol asignado, cerrábamos voluntariamente las rejas que no queríamos ver. Como el canario que canta en su jaula porque no sabe que está preso.

Exilio de mujer que se entronca, para mí, en otro más antiguo. Mi linaje es el de los rechazados, el de los perseguidos, el de los condenados a la huida. En mí se condensan las Bobbes humildes y los Zheides barbudos de voz ronca que cruzaron el océano para que por lo menos nosotros viviéramos sin miedo. Soy la heredera de los humillados, de los sobrevivientes de tantos progromes, de los que esperaban que en América la palabra "judío" dejara de ser un estigma.

Pero un exilio se injerta en otro, una desilusión demuele la otra. Asolapado, insidioso, el "judío" como insulto aflora a los labios de un compañero, de un exilado igual que yo, y me doy cuenta que la frontera no sólo divide las aguas a la izquierda y a la derecha, sino que también pasa por otros barrancos, separa otros valores. He descubierto que el camino de mi exilio no confluye totalmente con el de los otros, los nuestros no siempre son los míos. Pero estoy dispuesta a seguir andando...

Referencias

- (1) AINSA (F.) "D'ici et de là-bas. Jeux de distance". Edit. Alei, Dijon, 1987.
- (2) BETI (M.) "Remeber Ruben" Union générale des éditeurs, coll, 1018, Paris, 1974.
- (3) BREYTEMBAACH (E.) "Feuilles de route" Seuil, Paris, 1986.
- (4) DEPESTRE (R.) "Alléluia pour une femme- jardin", Gallimard, coll. Folio, Paris, 1981.
- (5) GROSSMAN (V.) "Tout Passe", Julliard, Paris, 1984.
- (6) JANKELEVITCH (V.) "L'irreversible et la nostalgie" Coll. Champs, Flammarion, Paris, 1974.
- (7) NEVES (E.) "L'exil chilien en France, aspects d'une marginalisation". Imprévue No.1, Montpellier, 1980.
- (8) RINALDI (A.) "La dernière fête de l'Empire" Gallimard, Paris, 1980.
- (9) UHLMAN (F.) "L'ami retrouvé", Gallimard, coll. Folio, Paris, 1978.
- (10) VASQUEZ (A.) "L'exil, una analyse psycho- sociologique" L'information Psychiatrique, vol. 59 No. 1, Paris, 1983.
- (11) VASQUEZ (A.) "Les implications idéologiques du concept d'acculturation". Cahiers de sociologie Economique et culturelle. Ethnopsychologie. No. 1 et 2, Le Havre, 1984.
- (12) VASQUEZ (A.) ARAUJO (A.M.) "Exil latino- américain: La malédiction d'Ulysse", L'Harmattan, Paris, 1987, en prensa.
- (13) VIÑAR (M.) "L'étranger" Actas del coloquio "L'étranger, crises et représentations", Edit. Col. Evènement Psychanalyse, Paris, 1983.

